

CLUBES DE BARRIO

APÓSTOLES DE LA INCLUSIÓN SOCIAL

En los últimos años, la gestión estatal impuso restricciones a la práctica social del deporte. A pesar de todo, y a contramano de la crisis, surgieron en las barriadas populares organizaciones y emprendimientos que no cejan en la tarea de entender el deporte como un derecho social.

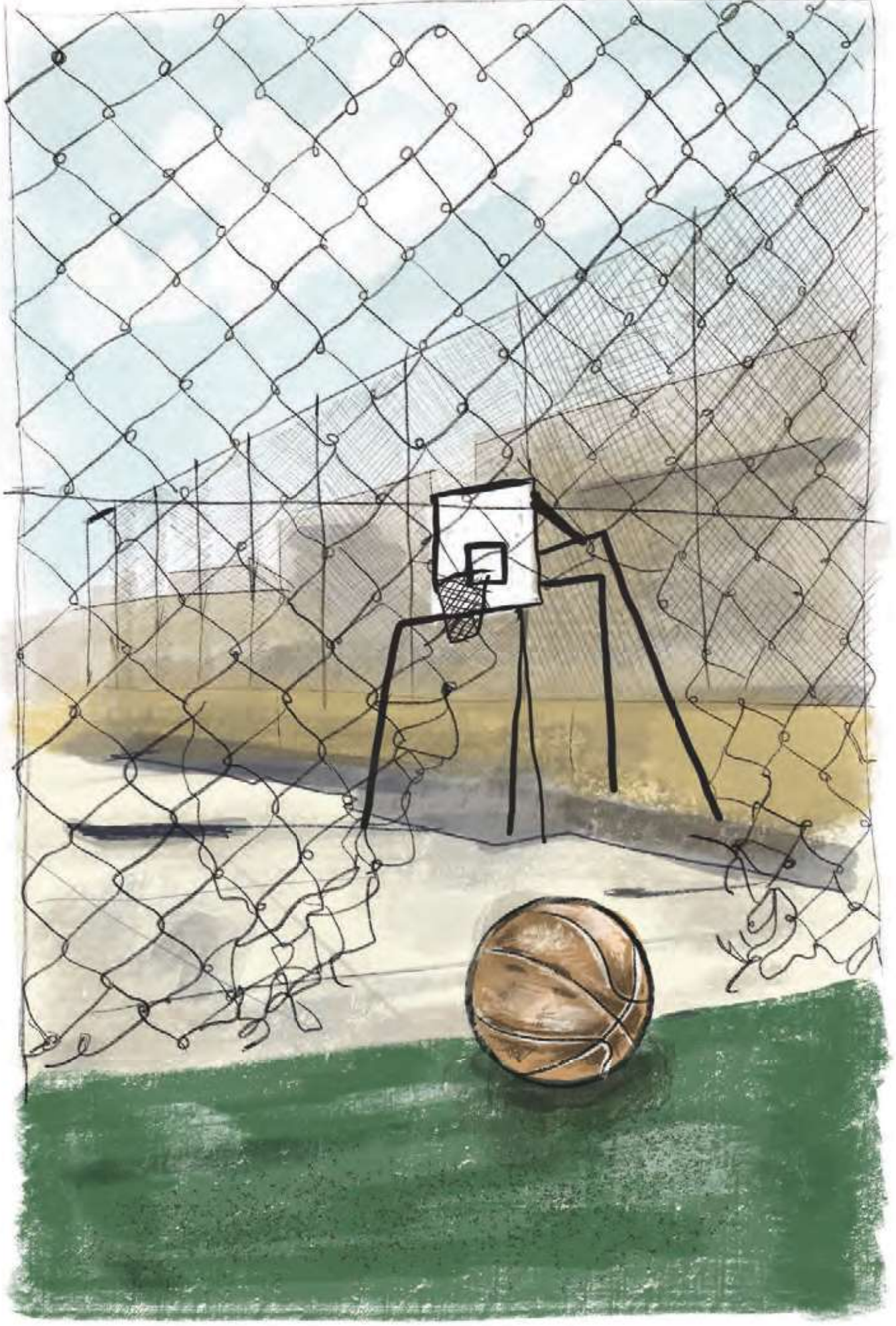
Javier Vogel

Es periodista egresado de TEA. Cursó la Maestría en Periodismo Político de la UNLP. Colabora en el diario la Voz del Interior, de Córdoba. Entre 2009 y 2016 compartió la conducción del ciclo *Viaje al Centro de la Noche*, en Radio América, AM 1190.

La crisis económica y social, los tarifazos y la falta de política en materia de deporte social, pusieron a muchos clubes de barrio en situación de crisis terminal. Abandonados por el Estado en esta última etapa de la Argentina, estos espacios sobreviven en cada territorio a fuerza de militancia y organización. Quienes se ocupan de mantenerlos a flote, lejos de reivindicarse como héroes y heroínas que luchan en soledad, se asumen como personas comunes que desarrollan acciones colectivas (y extraordinarias). Alejar a los más jóvenes de la calle o generar cambios profundos en el ejercicio de los derechos de quienes ruedan o pican una pelota, son algunos de los objetivos que se plantean.

La Sociedad y el Estado

Los clubes de barrio y la inclusión social a través del deporte, no son inventos del Banco Mundial ni de ninguna Organización No Gubernamental. Son experiencias que, si bien pudieron haber surgido de la voluntad de ciudadana, fueron atravesadas por políticas estatales, que en algunos momentos fueron afines a los intereses populares. Juan Domingo Perón recordaba en aquellas célebres conversaciones filmadas por Fernando Solanas y Octavio Gettino, su política en materia de deporte social: “Nosotros no teníamos delincuencia entre los más jóvenes porque en Buenos Aires más de cincuenta mil muchachos, tenían su club. Creamos 90 clubes de barrio con canchas de fútbol, básquet, boxeo, gimnasia y todas las actividades deportivas. Los construía el Estado y se los entregaba a los vecinos que los administraban y llevaban adelante”. Pero la suerte de los clubes no fue siempre la misma.



La organización

“Actualmente nos encontramos ante un estado ausente e insensible que en Mar del Plata considera al deporte barrial como una carga. Por eso nos organizamos, para dejar de ser el descarte del municipio”, relata Daniel Vera, el hombre que motorizó, en esa ciudad de la Costa Atlántica, la Unión Popular de Clubes Barriales (UPCB).

Actualmente, la UPCB reúne a 15 clubes que buscan promover la práctica deportiva entre los sectores abandonados por la gestión estatal. La Herradura, 9 de Julio, Parque Palermo, Parque Hermoso, Palermo, Las Heras, San Jorge, Belgrano, El Jardín, Mataderos, La Zulema, Libertad, Ameghino, Belisario Roldán y Don Emilio, son barrios de “la ciudad feliz” donde últimamente no hay mucho que celebrar: “Muchos de los 1700 pibes que participan semanalmente de las actividades, nunca salieron de sus barriadas y hay quienes, viviendo a 25 o 30 kilómetros, no conocen el mar. Para estos chicos -asegura Vera- visitar otro barrio representa un fin de semana de aventuras”.

La UPCB también forma referentes deportivos que reciben capacitaciones en Reanimación Cardiopulmonar (RCP), políticas de Género, prevención de enfermedades y adicciones. “Cada promotor deportivo es un trabajador de la economía popular que empuja para lograr un objetivo. Salir campeones o no es una anécdota. Trabajamos para que todas y todos se sientan incluidos en el deporte popular. La canchita es un espacio de contención en tiempos de crisis”, analiza Vera y sueña en voz alta deseando que en Mar del Plata la práctica barrial de los deportes populares tenga lugar en una Secretaría de Deportes que resurja entre las cenizas y el desmantelamiento.

En el limbo

El proceso de desguace impactó en todo el país. El 30 de enero de 2019 el Boletín Oficial publicó el texto del Decreto de Necesidad y Urgencia 92/2019 que creaba la Agencia de Deporte Nacional, “continuadora de la Secretaría de Deportes de la Nación”. La medida fue cuestionada por amplios sectores del deporte amateur que vieron en esta “modernización” -así fue promocionado por el oficialismo- la vía libre para el vaciamiento de las políticas de deporte social y el manejo discrecional de fondos y propiedades. De hecho, la modificación normativa habilitaba la venta de los terrenos que actualmente ocupa el Centro Nacional de Alto Rendimiento Deportivo, ubicado en el costoso barrio porteño de Núñez. Las movilizaciones y protestas de diversas organizaciones

ayudaron a que la Comisión Bicameral que evalúa los DNU, le bajara el pulgar al 92/2019. Pero el Ejecutivo subestimó el revés político y ese mismo día designó a Diógenes de Urquiza al frente de la Agencia.

“El Gobierno la hace funcionar como Agencia de Deporte Nacional y le dio poderes a De Urquiza para administrarla, incluso contra la decisión del Congreso de la Nación que rechazó el DNU 92/2019”, explica Alejandro Tumminello, docente de la Universidad Nacional de La Plata y periodista especializado en deportes olímpicos.

Tras los Juegos Panamericanos de Lima, Diógenes de Urquiza declaró al diario La Nación: “Técnicamente, el ENARD se encarga del alto rendimiento y nosotros nos ocupamos del deporte social (...). Hoy está complicado porque es un mix: yo le doy becas a gente de alto rendimiento y está desordenado”. Así reconoció la discrecionalidad institucionalizada.

Tumminello lo traduce en otras palabras: “La Agencia beca a los deportistas de alto rendimiento que quiere y pasa por arriba al Ente Nacional de Alto Rendimiento Deportivo que en los papeles depende de la Secretaría de Deportes y el Comité Olímpico Argentino, pero como la Secretaria no está en funcionamiento, hay un vacío”.

La gestión Macri se caracterizó en estos años por no dejar que la Ley fuera un obstáculo para sus objetivos. Por ese motivo se negó a reglamentar la Ley 27 098, votada en 2014 en forma unánime para crear el Registro Nacional de Clubes de Barrio y de Pueblo, y así beneficiar a las entidades inscriptas con “una tarifa social básica de servicios públicos”, una medida que, de ponerse en práctica, ayudaría a paliar las consecuencias de los aumentos de gas y electricidad que desde 2015 se incrementaron en hasta un 3.600 por ciento.

La norma también promete asistencia económica para mejorar condiciones edilicias, comprar insumos, capacitar a directivos y trabajadores, implementar programas de medicina preventiva y estrategias de prevención primaria de adicciones. La 27.098 establece además que los inmuebles de los clubes de barrio son inembargables y ordena que se asegure el derecho a la propiedad para aquellos que tengan sus sedes construidas en terrenos fiscales.

El tiempo pasa y, a pesar de la adhesión de las legislaturas provinciales, el gobierno de Mauricio Macri se niega sistemáticamente a reglamentarla. Mientras tanto, las facturas trituran las finanzas de clubes como el Portela, que funciona desde 1931 en Lanús Oeste. Sus 1.500 socios aportan alrededor de 150 pesos por mes. Con esos números resulta imposible afrontar la factura de 152 mil pesos de gas que recibieron en el mes de julio. En este caso, la condena llegó con el membrete de MetroGAS.

A los palazos

En La Plata, Mara García se puso al frente de una experiencia de Hockey Solidario que no para de crecer. En 2017 una amiga la llevó a dar apoyo escolar en Villa Elvira, una de las barriadas pobres de la ciudad de La Plata; ahí notó que las mujeres no contaban con los mismos espacios que los varones para practicar deportes.

“Me propuse entrenar a un grupo de chicas de entre 4 y 17 años en el patio de la casa de un señor. Teníamos unos pocos palos y unas bochas. Sumamos más chicas, las madres se acercaron, contamos la experiencia en radios locales y logramos una comunión muy fuerte, una empatía colectiva que es fundamental porque acá el peso de lo colectivo es fundamental”, recuerda Mara, quien, a pesar de su juventud, lleva más de 25 años jugando el hockey.

Así nació Panteras Club de Hockey, con base en Villa Elvira. Enseguida se sumaron jóvenes de los barrios Aeropuerto y San Lorenzo. Más tarde llegaron jugadoras de otros sectores de la Ciudad, algunas de clase media que querían hacer deporte a un precio accesible. “Jugar hockey en clubes importantes de La Plata como Santa Bárbara, San Luis, Universitario o Estudiantes, requiere un presupuesto que va de los 1.000 a los 3.000 pesos, cifras que no siempre están al alcance de todos”, detalla. ¿Por qué lo hace? Simplemente porque considera que “el deporte es una herramienta que permite ayudar a las personas a salir de situaciones graves como las adicciones y la violencia intrafamiliar”.

La resurrección

Como cada tarde, José Huaygua llega al Polideportivo del Bajo Flores, ubicado a metros de uno de los accesos a la Villa 1.11.14. Cuando habla transmite una serenidad y una experiencia poco usual para alguien de apenas 22 años. “El Profe” tiene en el cuerpo las huellas de una racha de lesiones que lo obligaron a ver los partidos desde afuera de la cancha. Atrás quedaron los dobles, los triples y las penetraciones con la camiseta de Hebraica, el club que lo descubrió y becó durante su adolescencia. Una lesión en la rodilla a los 16 años, otra en la cadera a los 18, y otra más en la rodilla al año siguiente lo alejaron de las canchas. Volvió una y otra vez, pero los penares siguieron también fuera del campo de juego. En un accidente José perdió uno de los dedos del pie de apoyo. Se recuperó y volvió a entrenar pero las cosas volvieron a salir mal. “Me estaba recuperando muy bien y en julio del año pasado me lesioné un tobillo y ya no pude saltar ni correr como antes”. José asumió que ya no podría seguir en la cancha como jugador y decidió formarse como entrenador de básquet.

La crisis económica y social, los tarifazos y la falta de política en materia de deporte social, pusieron a muchos clubes de barrio en situación de crisis terminal.

A pocas cuadras de su casa, vio a un grupo de pibes que picaba la pelota imitando los movimientos de los más grandes e inmediatamente tuvo la idea de pedir un espacio para formarlos. La noticia se expandió de boca en boca y en poco tiempo decenas de chicas y chicos se acercaron. José quiere aportar su experiencia para que tengan la posibilidad, que en algún momento tuvo él, de salir de las calles.

En el Poli del Bajo Flores nadie cobra por su trabajo. Todo se hace a pulmón y la infraestructura tiene sus limitaciones. La cancha sin techar no puede usarse con lluvia y en muchas oportunidades el agua demora varios días en escurrirse. Las limitaciones no resultan suficientes para frenar el empuje de jugadoras y jugadores que en cada partido defienden el nombre del Barrio.

“Estamos orgullosos de lo que hacemos y de nuestro origen”, dispara José durante un alto en el entrenamiento. Actualmente, los chicos juegan con la camiseta del club UAI Urquiza, una institución que se interesó en incorporar a la totalidad del equipo más joven del Polideportivo. “Nosotros les ofrecimos que los chicos jugaran para su club el torneo metropolitano pero que sigan entrenando conmigo. Usan esa camiseta pero representan a su barrio, el Bajo Flores”.

En la canchita de cemento pintado de azul, el Profe José descubrió a Ariel. “Choco”, como lo llaman sus compañeras y compañeros, tiene todo para ser un crack: es atrevido, tiene puntería y le gusta entrenar. Igual que a su descubridor, un club con buena infraestructura le ofreció entrenar en sus instalaciones. Choco es demasiado chico para atravesar la ciudad solo y por el momento su familia no puede ocuparse de llevarlo a entrenar a otro club alejado de su casa. Ariel y su entrenador esperan que más adelante, cuando pueda viajar solo, haya otras oportunidades. Mientras tanto, entrenan en el barrio y aunque no lo digan, saben que adentro de la cancha la salvación nunca es individual y que afuera del Polideportivo la meritocracia es una cáscara vacía. ■